

EL  
EMOCIONARIO



CUENTOS SOBRE NOSOTROS

EDUARDO BIEGER VERA

## TUS FLORES SON DE VERDAD

**H**ace una tarde de perros, pero de los que no tienen nombre o buen dueño. La lluvia despierta a los paraguas, que se desperezan desplegando sus alas de murciélago. La gente corre de un lado para otro cargada de bolsas, en la certeza de que recupera el tiempo perdido por ir más deprisa, de que vive más por hacer más cosas. Ligera-mente encorvada, avanzo contra el viento hasta la acera de enfrente, atronada por la sinfonía cacofónica de pitidos de cláxones sobre el fondo acústico del impacto del agua en la calzada y los tejadillos. Finalmente me resguardo bajo unos soportales repletos de tiendas. Me cae un goterón en plena frente y resbala hasta los labios, frío e insípido, lo contrario que una lágrima, tibia y salada. Como dice Karen Blixen: «La cura para todo es siempre agua salada: el sudor, las lágrimas o el mar». Me encojo dentro del abrigo y observo el escape-rate, con ese afán por rellenar todo momento con actividades concretas, asignándoles objetivos, sin saber disfrutar de la dulce deriva de la indeterminación. Es una floristería. La puerta se abre tintineante y un hombre parece salir de ella, pero finalmente se detiene. No deja de mirarme, sonrío.

—Marta, Marta Soto Largo del Val —pronuncia con voz grave y soniquete de respuesta ganadora. Se estira hacia mí a la par que sujeta la puerta con un pie y me da dos besos. Sus cálidas mejillas arropan por un instante la gélida punta de mi nariz—. ¡No te quedes ahí, pasa...!

Nos adentramos en una estancia congestionada de plantas y flores, al compás del crujir del entarimado. En la

esquina, un abeto parpadea pavoneándose con su ostentoso disfraz navideño.

—Estás estupenda —su voz planea sobre mi espalda.

—Muchas gracias, pero la verdad es que...

—Yo estoy calvo y gordo —contesta palmeándose la tripa a modo de tam-tam—. Espera, dame el abrigo. Bueno, cuánto tiempo. Creo que no nos vemos desde hace lo menos veinte, qué digo, casi treinta años, desde el instituto. ¿Sabes con quién me encontré el otro día? Con la Quirós. ¿Te acuerdas de ella? El objeto de deseo de todos los púberes circundantes. Pues estaba inmensa, yo creo que pesaba más de cien kilos, fíjate que no la reconocí... ¿Ves a alguien del instituto?

—No, la verdad es que no...

—Una vez leí que los verdaderos sentimientos son aquellos que soportan su proyección en el espacio y el tiempo. En ocasiones, lo único que vincula a dos personas es la coincidencia en un lugar concreto y el compartir los momentos comunes que generan las circunstancias. —El ansioso sonido del teléfono alcanza implacable su objetivo—. Disculpa.

—No te preocupes.

—Floristería Martín, dígame. Sí, aquí es, dígame... ¿Mañana? Sí, hasta las dos y media... No, en Nochebuena no abrimos por las tardes. ¿Acebo? Sí, nos queda algo... No, las flores de Pascua se han agotado, pero tiene usted azaleas, jacinintos, gerberas... No, verá usted, hasta después de las fiestas no tenemos pensado ir al vivero... No, no, lo siento... Hasta las dos y media —arquea las cejas y hace una señal de disculpa alzando la palma de la mano. Los cristales están empañados.

Un bonsái estira sus ramas al cielo, yertas, anhelantes. Dos hileras de cactus enanos hacen guardia frente a la caja registradora. Aspiro el aroma de una extraña flor; a medida que me separo de ella, las yemas de mis dedos terminan

de deslizarse por el exterior de sus pétalos en una caricia de despedida.

—Muy bien,... muy bien. Hasta mañana entonces, buenas tardes, adiós, adiós —el auricular encaja en su soporte igual que la hoja de una guillotina, seccionando la laringe del inoportuno llamador—. ¿Bonita, verdad? Es una orquídea africana, proceden de Costa de Marfil. Tan hermosas como delicadas. Dicen que por las noches se abren desprendiendo un perfume con efectos afrodisíacos. A lo mejor son la causa de la superpoblación en el tercer mundo... —sonreímos.

—Me encantan las flores, aunque confieso que no tengo ni idea de jardinería.

—A mí me gustan las plantas y las flores, pero en el campo o en un jardín. Fuera de la tierra no son más que cadáveres vegetales, como personas a las que se les hubiera arrancado del corazón. Hay veces que me siento un auténtico traficante de cuerpos.

—Vamos, que las mujeres llevamos siglos emocionándonos como bobas cuando nos obsequian con un matojo de hierbas en estado terminal.

—Huumm... más o menos —reímos—. Bueno, por lo menos tú no te asustas de mis teorías. Una vez cometí la osadía de compartir esta misma disertación con un cliente y abandonó la tienda retrocediendo sobre sus pasos y dando trompicones; debió de creerse que era un psicópata o un necrófilo floricultor... —nos carcajamos—. Por cierto, ¿a qué te dedicas?

—Soy profesora, pero se me acabó el contrato y estoy buscando trabajo.

—Algo saldrá, no te preocupes.

—¿Y tú? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Casi nueve años. ¿Te acuerdas de Miguel? Alto, rubio, casi albino...

—No, la verdad es que no.

—Bueno, tampoco es obligatorio acordarse de todo el mundo. Su padre era el dueño de esto. Cuando falleció, yo estaba como tú ahora, sin trabajo, y entonces Miguel me propuso continuar con el negocio. A la madre le pareció una buena idea, así que no lo pensé demasiado... Y aquí estoy, en mi pequeño mundo dentro del mundo.

—Pareces feliz; eres un hombre con suerte.

—Sí, la pena es que siempre haya que llegar hasta el final para volver a empezar de nuevo; se pierde demasiado tiempo. Yo era abogado, aquí donde me ves, pero eso es otra historia... ¿Sabes una cosa? Desde que te conozco siempre había deseado hablar contigo, acercarme a ti y charlar pero me imponías mucho.

—¿Estás seguro de que era yo quien te imponía?

—Sí, no sé cómo explicarlo; eras muy guapa, bueno, y lo sigues siendo, que conste —noto cómo mi piel se enciende de súbito—. Y además, en aquella época, con vuestra misma edad, los chicos solíamos ser mucho más bajitos, y yo en particular tenía más granos que una paella. Recuerdo que Nacho, el delegado, comenzaba a darme codazos cada vez que aparecías en escena. «¡Que no te va a morder, hombre!», decía, pero cuando estaba cerca de ti me bloqueaba, igual que en esas pesadillas en las que despiertas dentro del propio sueño, intentas gritar y no te sale la voz.

—Pues ya ves, no solo no muerdo sino que me encanta escucharte.

—Me alegro —empatados a sonrojos—. Un momentito, voy a colocar el cartel de «Cerrado», bueno, y el de «Abierto», pero este último solamente de puertas adentro. Me parece que ya hemos hablado mucho de mí. Te toca. ¿Tienes marido, novio, amigo especial, compañero con derecho a roce...? Como verás, soy la diplomacia personificada.

—Ahora mismo no. He estado viviendo con una persona hasta hace poco.

—¿Llevabais mucho tiempo juntos?

—No mucho, lo que es convivir no llegó al año.

—Lo dices con pena.

—Puede ser. Pero no por él; siempre he sabido que no era el hombre de mi vida.

—¿Entonces, cuál es el problema?

—No lo sé, a veces tengo la sensación de que nunca voy a ser capaz de sentir algo por alguien lo suficientemente sólido, como para no dejarse... roer por la rutina. Dicen que el tiempo da y quita razones, pone a cada uno en su sitio; el tiempo lo cura todo. Vamos, que es la medicina perfecta, pero nadie te previene de sus efectos secundarios.

—Dice un proverbio chino que el amor hace pasar el tiempo, pero el tiempo hace pasar el amor. La verdad es que podrían tener el detalle de dejarnos leer el prospecto antes de nacer, ¿verdad?

—No estaría mal. Bueno, te llegó el turno. Además, se me da mejor escuchar que hablar. Soy toda oídos.

—Tampoco hay mucho que contar. Yo estuve casado año y medio.

—Y ¿qué pasó?, si no es indiscreción.

—No lo es. Conocí a Celia, así se llamaba, en segundo de carrera. Una niña bien. Perteneía a una familia adinerada, dueña de uno de los bufetes más prestigiosos de la ciudad. Cuando nos licenciemos, Celia decidió celebrarlo con una gran fiesta. Aquella noche estaba bastante borracho, pero no lo suficiente como para ser sincero. El padre de Celia se acercó a nosotros y dijo que quería hablar conmigo a solas. Nos perdimos en la frondosidad del jardín; recuerdo su mano sobre mi hombro, la palabra «hijo», la expresión «futuro prometedor» y el ofrecimiento de trabajar en su despacho. Y ahí comenzó el problema, la hipoteca de la vida: pronunciar un «sí» cuando simplemente debiste decir «no». Mi nombramiento como nuevo miembro del despacho se proclamó de

inmediato entre sonoros abrazos y vítores etílicos. Brindamos, me mantearon y me arrojaron a la piscina... A lo mejor estoy aburriéndote.

—En absoluto, continúa por favor.

—A la mañana siguiente mi madre lo pregonó por el vecindario y mi padre terminó de sepultarme con el típico «estamos orgullosos de ti», frase sintomática de que uno esta enfilado con precisión milimétrica hacia el matadero. Total, que el aspirante a yerno Armani se casó con lady Loewe e inició su brillante carrera profesional. Y llegó el gran día, mi primer pleito; ni siquiera pude entrar en la sala.

—Eso son nervios, le puede pasar a cualquiera.

—Cierto, lo que ocurre es que a la semana siguiente volvió a suceder lo mismo, y así una y otra vez. Ahora me río, pero creo que no lo he pasado peor en mi vida.

—No es para menos.

—Todas las mañanas me despertaba con tal angustia que hubiera deseado seguir durmiendo indefinidamente.

—Conozco esa sensación, créeme.

—De todas formas, lo peor fue cuando mi mujer, la persona de quien yo esperaba comprensión y un apoyo incondicional, comenzó a perderme el respeto. Al principio pensé que no era más que una actitud estratégica para espabillarme, para hacerme reaccionar, pero era lo que parecía. Papá tiburón dejó de ajuntar a su escualo adoptivo. Carta de despido y a los pocos días Celia solicitó el divorcio y me echó de casa. Dijo que era un cobarde y un inútil, que la había engañado, a ella y a «su familia», expresión esta última en la que yo nunca había tenido cabida. Y tenía razón: les había mentido a todos, empezando por mí mismo.

—¿Y qué hiciste?

—Estuve viviendo en casa de Miguel una temporada. Coincidió con la muerte de su padre y fue entonces cuando me ofreció llevar la floristería.

—¿La echas de menos?

—Al principio sí la echaba en falta, pero pronto me percaté de que se trataba de sustituir unas costumbres por otras, dejando que las nuevas se asentaran y fueran empujando poco a poco a las antiguas hasta ocupar el sitio dejado por estas.

—¿Y tus padres? ¿Cuál fue su reacción?

—Figúrate. Adoraban a Celia, guapa, de buena familia, y estaban obnubilados por el halo de opulencia que desprendía su figura. Según ellos, había echado a perder la oportunidad de mi vida. Culparon de todo al pobre Miguel, al que llamaron influencia negativa, mala compañía y cosas similares. No cabe duda de que los matrimonios que mejor funcionan son los de huérfanos.

—Es posible.

—Me gustaría enseñarte algo. ¿Tienes prisa?

—Ninguna.

—Ven conmigo —siento el grato contraste de la presión de su mano cálida recogiendo mis dedos siempre fríos. Nos deslizamos detrás del mostrador.

—Ayúdame a correr esta maceta. Una, dos y... —retira una estera, dejando al descubierto una trampilla esférica, similar a las que dan acceso al interior de un submarino. Tira de la argolla y se introduce en el hueco descendiendo por una escalerilla soldada a la pared hasta que apenas sobresale la mitad de su cuerpo.

—Ven, con cuidado.

—¿Qué es lo que hay ahí?

—Algo que únicamente conocemos Miguel, su madre y yo. No tengas miedo.

Su cabeza termina de ser engullida y comienzo a descender. Me sujeta por la cintura hasta que salvo el último peldaño.

—Voy a encender la luz.